

## LA MUERTE PROMETIDA – Luis Guzmán

Los caranchos vuelan en círculo alrededor de la superficie blanca. No es nieve, ni tampoco arena. Es un desierto de sal. Miro cómo la mujer se descalza y comienza a internarse en la blancura quemante. Las plumas negras sobre los montículos de sal son una referencia para que su mirada no se pierda en el infinito que se extiende ante sus ojos. Para eso necesita agrupados, dos a la izquierda, tres a la derecha. Cuando veo que se aleja demasiado le toco bocina desde el jeep para que regrese o se detenga. El sonido de la bocina se confunde con el sonido de los caranchos que levantan vuelo. ¿Qué van a buscar a la sal? ¿Qué cadáver? ¿Qué carroña? Según la leyenda, buscan el blanco. Son pájaros que alguna vez tuvieron plumaje claro y después de comerse un extraño cadáver, se volvieron repentinamente oscuros. Pero ¿qué va a buscar ella a las salinas? Ella, que también tiene cara de pájaro y que lleva un luto precoz para ese cuerpo de dieciséis años.

La conocí la noche anterior en el Tennis Club. Me llamó la atención ese luto prematuro, rodeado de vestidos de fiesta. Esos ojos negros andando solos en medio del salón, bailando al compás de la música. En el Tennis, la mayoría eran cadetes uniformados y chicas del liceo. Yo vestía de civil. Las mujeres siempre miran al forastero. Ella no hablaba con nadie y se movía al compás de la música, pero no era su cuerpo el que lo hacía sino más bien esos dos ojos negros. Cada tanto alguna chica se le acercaba y le hablaba al oído o le acariciaba la cabeza.

El baile duró casi hasta el amanecer. Yo tampoco bailaba. Sólo intercambiaba saludos o alguna palabra con amistades o conocidos que recordaba de viajes anteriores. Después del baile y de besos ardientes en los automóviles tratarían de llegar al prostíbulo que está en dirección contraria a las salinas. Me acerqué a ella casi al terminar el baile. En realidad no sabía qué decirle. Le ofrecí una bebida. Puse los hielos en el vaso y agité los cristales helados ante sus ojos que bailaban solos. Le pregunté su nombre. Había algo en el Lucía que no se ajustaba a esa palidez, al horror que parecían haber presenciado esos ojos. A ese paño negro que en medio de los colores brillantes imponía una severidad inusual a ese rostro.

Me preguntó si era forastero. Le respondí que sí, Eso pareció alentarla, decidirla, como si lo que fuese a pedir después dependiese justamente de que se tratase de un desconocido. Alguien de quien se sospecha que va a permanecer anónimo.

-¿Podrías llevarme hasta Las salinas?

-Sí, si se puede llegar en jeep. ¿No hace mucho calor para ir hasta allí? No tengo capota. Dicen que es un camino polvoriento.

-Nunca pisaste la sal, es helada. ¿Nunca pusiste los pies en la sal?

-Siempre la veo desde el cielo. Después que la atravieso siento un gran alivio. Soy aviador.

-Allí nunca se cayó ningún avión. A mí me parece un espejo de suerte toda junta. Como si toda la buena o la mala suerte se hubiera acumulado en ese lugar. Hay una costumbre, bíblica, no se puede mirar hacia atrás en el camino de la sal.

-¿Para qué ir hasta allá?

-Es un secreto.

-Dicen que el que va una vez, va dos. Parece que no se puede escapar al influjo. Me daría miedo, un día, empezar a caminar hacia adelante y no volver más.

-Voy por una promesa. Si se cumple, dejaré de ir. A veces me imagino cómo será esa última vez.

-¿Qué es lo que te imaginas?

-Es un sacrilegio. Nadie se atreve a hacerlo. Llevarse unos granos en el bolsillo. Dicen que alguien lo hizo, pero que el peso era tan grande que se le hinchó todo el cuerpo y reventó antes de llegar a los ranchos que están a la entrada de Las salinas. Me da miedo.

-¿Por qué miedo? ¿A qué miedo?

-A que se me deformen los pies, a una mujer no le gusta que se le deformen los pies.

-¿Y van autos?

-Hasta el límite, sí.

-Autos de enamorados, hombres y mujeres a besarse.

-Nadie se animaría a ir a besarse a Las salinas.

-Tal vez. Pero la promesa ¿cuánto tiempo lleva?

-Unos meses, apenas unos meses.

-¿Cada cuánto vas allá?

-Eso está calculado. Durante el primer año, una vez por mes. Después irá disminuyendo, proporcionalmente.

-¿Cuántos años?

-Creo que doce años. Tengo quince, para dieciséis. Terminaré por los veintiocho.

-¿De qué depende?

-Eso no te lo puedo contestar ahora. Pero ya dije lo suficiente como para ir hasta allá.

Fue así como hicimos el viaje hasta Las salinas. Yo nunca había ido hasta ahí. Sólo por aire. Nos detuvimos en los ranchos a tomar un poco de agua y me pregunté por qué todo el mundo la trataba con tanta conmiseración. Me daba un poco de vergüenza que se notara que le llevaba varios años, pero yo sólo quería que ella cumpliera su promesa. De ese modo transcurrió el viaje, casi sin preguntas. Hasta que su vestido negro rozó mi cuerpo y no pude dejar de preguntarle: ¿una desgracia? Sí, respondió ella, mientras sus ojos negros se abrían extremadamente, casi como ese camino blanco y helado que comenzaba a extenderse ante nosotros.

Fue lo último que hablamos antes de que empezara a hacer sonar la bocina y corriera a buscarla. Porque me parecía que ella le hablaba al cielo, o a los caranchos, o a sí misma, o a Dios. Pero me di cuenta de que se iba para el sur para la mancha blanca. Entonces la de~ tuve con un grito: Si te perdés, no vas a poder cumplir la promesa.

Comprendí que entre nosotros habría siempre esa distancia blanca y helada de la sal. Ese hielo quemante sería un abismo abierto para siempre entre sus pasos y los míos. Esas huellas que se dibujaban de manera diferente cuando regresábamos por el camino de la sal.

Pasaron muchos años antes de que volviera a verla. No podría precisar cuántos. Pero en una oportunidad en que volví a Santiago no dejé de buscarla, dándome una vuelta por el Tennis Club y también por el Liceo, que seguramente ya habría terminado. También la busqué en una confitería bailable Blue Moon; pero no vi esa cara de pájaro, revoloteando como una sombra

oscura en el camino de la sal. Estuve tentado de volver solo, de recorrer todo ese camino con los recuerdos y el misterio de aquella noche que por mucho tiempo volvió a presentarse ante mí como un secreto. Sabía que no era una promesa de amor, que era algo verdaderamente oscuro lo que aquella, que ahora sería ya casi una mujer, nombraba cuando se inclinó a besar la tierra blanca y la tuve que arrancar para que esos labios, ya reseco, no se partieran en dos como una hoja.

No fue esa vez, sino la próxima cuando la volví a encontrar. Sentada en un banco de la plaza escuchando un concierto pueblerino de músicos almidonados que, escandalosamente barrocos, tocaban Vivaldi. Esta vez no estaba vestida de negro. Lo había abandonado. Pero esos dos enormes ojos no la habían abandonado a ella. Me acerqué, murmurando entre mis labios las letras de una antigua canción. Fuimos a una confitería. Esta vez nuestro encuentro no coincidía con su promesa, no era necesario hacer el viaje hasta Las salinas. No hablamos del viaje, yo quería saber qué había pasado durante todos esos años. Estaba, como siempre, levemente melancólica detrás de esa máscara de maquillaje que le daba un aspecto excesivamente alegre.

Esta vez me contó de sus muertes. O más bien de una muerte, la de su madre, la causa de ese luto que yo había visto sobre su cuerpo. Esa sí era una historia de amor. De estafas y de amor. Fue un largo relato. Nada misterioso, más bien miserable. Cuando la había visto aquella vez, su madre hacía unos meses que había muerto. Su padre estaba preso. Había matado a un cuñado porque le pegaba a su hermana. En realidad fue su abuelo, el padre de su padre, quien decidió ir a pegarle un tiro a ese hombre, pero el hijo no se lo permitió. Y fue él y lo mató. Yo más bien pienso en una historia de turcos celosos, dijo ella sin ninguna ironía. En Maylyn, donde nací, está lleno de turcos celosos.

-¿Cómo murió tu madre? le pregunté.

-La vida tiene sus cosas. Cosas de turco. Por ejemplo que los hijos del finado, ese que mi padre mató, lo mantuvieran mientras estuvo en la cárcel. Mi madre murió porque tuvo una pasión con mi padre. Él también era turco. Un hombre lleno de celos. Ella lo iba a visitar todos los días a la cárcel. El tenía un lugar especial. A veces nosotras, mi hermana y yo, nos quedábamos afuera con los otros presos. Así ellos disfrutaban, me di cuenta después, de un rato de

intimidad. Mi madre se debía totalmente a él. Él buscaba un motivo y ella se lo dio, tal vez porque pensó que de esa manera iba a conseguir calmar esa desesperación que solía invadirlo y con la que la recibía cuando ella llegaba, todas las mañanas. La miraba, la revisaba. le preguntaba, detalle por detalle, lo que había hecho durante el día. Nosotras no entendíamos cómo una mujer podía someter su vida hasta ese punto a una voluntad caprichosa y desconfiada. Con los años, también yo lo comprendí. Seguramente me parezco a ella más de lo que siempre sospeché.

La interrumpí. Necesitaba interrumpirla ahí donde no quería saber nada más de su historia después del viaje a las salinas. No quería saber de un hombre con el que hubiera estado después. No por celos, sino porque me hacía presente los años que me había quedado esperando una aparición en la llanura blanca y salada. Una sombra. Entonces, volví al pasado:

-¿La mató cuando salió?

-No, la mató adentro. Estaba preso y quedó preso. Ahí, casi delante de mi hermana que alcanzó a oír los tiros. Nunca se supo cómo hizo para conseguir el revólver. Todo Santiago habló de un soborno, de un guardián sobornado.

-¿Le dieron muchos años?

-Doce.

-El tiempo de la promesa.

-Sí, ese tiempo.

-¿Por qué la mató?

-Es lo que me pregunté todos esos años en que viajaba hasta Las salinas. Miraba lejos todo ese blanco. Como para limpiar mis pensamientos, para inmacularme. Durante mucho tiempo pensé que mi hermana y mi madre, nosotras, también la mujer del muerto, no éramos ningunas santitas. Pensaba, el turco debió tener sus razones. Yo, cuando fui a Las salinas, ya había estado con un hombre. Iba a purificarme. En esos momentos pensaba que mi madre no había sido inocente. Fue un día, mientras miraba ese cielo de la tierra, todo blanco, que recordé a mi madre pintándose frente al espejo para ir a visitar a mi padre, para una de esas visitas íntimas. La vi ponerse colorete, agrandar esos ojos que nada tenían de mora, querer extenderlos por la cara gracias a sombras y pinturas. Pensé si se arreglaría para mi padre, si esperararía que

saliera o si. . . Ahí aparecen las palabras de mi madre que pareció haber leído mis pensamientos: "No, no es como estás pensando, no hay otro hombre. Sólo los hombres pueden pensar en otro hombre". Tenía razón, si hubiera habido otro hombre no hubiera pasado lo que pasó. Todo pasó porque no había otro hombre. Ese día no me di cuenta de lo que hacía. Se golpeaba en ciertos lugares del cuerpo, se levantó la pollera y se pegó en el muslo. Se hizo un machucón en un brazo y uno muy tenue en el cuello, un moretón violáceo, casi del mismo color que las plumas de los caranchos. Así fue a ver a mi padre. Recuerdo los mismos moretones en mi carne después de haber estado con un hombre. Recuerdo que me dio un peine para que me lo pasara por el cuello para borrar las marcas, para disimularlas. Yo iba a las monjas, a la escuela de monjas. Ese día, mirando el color blanco y las plumas de los pájaros, comprendí de golpe. Ella se hizo esas marcas para él. Lo que nunca pude saber fue para qué. Si fue para excitarlo, para exacerbar sus celos o para sacarlo verdaderamente de esa desesperación en la que se sumía cuando ella no estaba. Creo que el motivo pudo ser cualquiera, pero hubo un motivo. Por eso no la sorprendió la muerte. Lo único que no calculó fue que mi hermana estaba ahí, y oyó los tiros. Eso no se lo puedo perdonar a ninguno de los dos.

-Pero no dejaste de visitado. ¿Qué pasó después?

-Pasó un tiempo, un tiempo en que las cárceles se me confunden. Una está frente a la plaza donde me encontraste. La otra, a unas cuadras de mi casa. Sentía vergüenza porque íbamos en carro. En una especie de coche de madera que hizo mi padre en la cárcel. Fileteado. Hoy no me puedo acordar el color. Hasta la muerte de mamá lo íbamos a visitar en el carro pintado, tirado por una bicicleta. Esa vergüenza me parecía pero a que él estuviera en la cárcel. Pero lo había hecho con sus propias manos y teníamos que usarlo. Cuando salíamos para la cárcel todos los chicos nos gritaban, porque sólo lo usábamos para eso. A las cárceles las confundía hasta que empecé a distinguir las por los olores. En una había olor a eucalipto y era un sabor agradable en la boca. En la otra había paraísos, y eran tristes, y se doblaban hasta formar figuras extrañas y caían de ellos unas bolitas verdes que eran mortales. Yo jugaba con el veneno en mi boca. Siempre pensaba morderlas en su presencia y yacer delante de él como una heroína muerta.

-Pero él les hablaba. ¿Qué les dijo de esa muerte?

-Dijo algo que no pude entender. Que esas dos primeras noches fueron más terribles que todos los años que seguirían. Porque fueron las dos primeras noches en que ella no estuvo y en que después no iba a estar más para toda la vida.

-¿Fue lo único que les dijo?

-Nada más que eso, salvo pedir cigarrillos. Quería cigarrillos porque sangraba por la boca y otro preso le había dicho: "Hay que comer ceniza. Endurece el estómago". Entonces juntaba la ceniza de seis cigarrillos y la tragaba. Después caminaba en círculo cinco vueltas por la celda. Con el tiempo, dejó de sangrar. Pero igual, pedía los cigarrillos. Nunca le pregunté si seguía comiendo las cenizas.

-¿Y la promesa? ¿Por qué hiciste la promesa?

-Ahora te lo puedo decir. Aunque no se ha cumplido el plazo en que me prometí revelarla, con los años ha ido perdiendo intensidad. El viaje, lo blanco de la salina, se volvió algo casi mecánico. La promesa la hice por miedo, miedo de que él me matara. Ya tenía dos muertes. Le pedía a Dios que lo mantuviera siempre preso, que no lo soltaran nunca, le temía a la ira de sus ojos.

-Y ahora ¿dónde estás viviendo?

-En el campo, en Maylyn. Me casé con un hombre de campo. Han pasado muchos años.

-Casi cinco. ¿Qué es Maylyn?

-Un lugar de aserraderos.

-¿No hay salinas?

-No, por allí no, pero está el santo.

-¿Qué santo?

-El santo patrón de Maylyn. Dicen que hizo un milagro. Lo festejan. Kermesses, ferias. Siempre me dieron miedo las ferias, las barracas. Nunca supe por qué.

-Tal vez porque un día están y de pronto dejan de estar.

-Sí, es posible. Nunca supe nada de Maylyn y de su patrón. Nunca supe qué le agradecían a ese santo.

-Quizá Maylyn es madera y no sal, pura sal. Sal por donde uno camina y hasta donde ve.

-Sí, debe ser por la madera que no quiero a Maylyn. Aunque la madera es mejor que la sal. Recuerdo que de chica siempre pensaba en la palabra salmuera, la muerte en la sal. Pero ahora nos vamos a vivir a Buenos Aires a la capital. Alguna vez podremos vernos allí.

-Yo siempre ando volando de un lugar a otro.

-Te puedo dejar mi dirección. ¿O ahora que ya te confié la promesa no te interesa hablar conmigo?

-Aquella noche fue especial para mí. Pude hacer algo por alguien a quien no conocía, sin pedirle nada a cambio. Era estar en tierra, no siempre en el aire, de un lugar a otro. Y fue en tierra donde te vi, en medio de ese baile, con el vestido negro. Tan joven. Después fuiste una mancha oscura que se perdía en lo blanco, y pensé que te irías caminando y no volverías más. Y que tranquilamente podría haberme quedado mirando hasta que te perdieras de vista, sin hacer nada. Ni siquiera un gesto para retenerte. Lo pensé muchas veces. Pero esa vez algo me impulsó a seguirte. Ya hace casi cinco años. ¿No te parece que alguna vez deberíamos volver?

-Sí, creo que alguna vez deberíamos volver.

Muchos años después nos volvemos a ver, aunque en circunstancias algo distintas a las anteriores. No supe muy bien cómo yo había terminado trabajando de piloto para la gobernación de Santiago. Todo el tiempo iba y venía desde Buenos Aires a esa ciudad. Una y otra vez veía desde el avión como la mancha blanca se me venía encima hasta que un momento después, como siempre, aterrizaba en la pista iluminada. Pero que viviera en esa ciudad no fue motivo para que volviera a saber de ella. Al contrario, ella se había marchado para la capital y yo vivía en Santiago. Pero verdaderamente la había olvidado. Hasta ese día que en Buenos Aires la veo subir por la escalera del avión acompañada de un chico, dispuesta a hacer ese viaje a su ciudad, ignorando que la voy a llevar hasta ahí esta vez.

Ella también me reconoce. Se alegra de que sea yo quien, después de tantos años, la lleve otra vez hasta Santiago. Se ha separado de su marido. Vive sola en Buenos Aires. Me pregunta por mi vida. Yo, al revés que ella, me he quedado pegado a su tierra. Me he casado con una santiagueña y vivo en un extremo de la ciudad, por supuesto alejado de las salinas.



Su padre está por morir. O al menos grave. Ya ha ido su hermana a darle su perdón. Él espera el de ella. Por eso voy, dice. Pero tratándose de él nunca se sabe cuando dice la verdad. Me pide otra vez que la acompañe. Esta vez hasta la casa familiar. El padre, que ya no está preso, vive solo, ahora lo cuida una parienta. Ella ha estado otras veces pero siempre se ha negado a verlo, aunque una vez mandó a su hijo sin decirle quién era. El se encontró solo con su nieto y lo reconoció. Le preguntó el nombre y el apellido. No sólo el del padre sino también el de la madre. Le preguntó por el apellido turco, ese que todos conocían. Y ahí nomás le dijo, como cuando salió a pegar el tiro, casi sin pensarlo: Soy tu abuelo. El chico salió corriendo y le contó a su madre que tenía un abuelo. Ella le habló entonces de la historia del abuelo turco. Después, sola, como antes, hizo el viaje hasta las salinas. Pero fue el último, para agradecer. Para agradecer que aún estuviese viva.

No quiero negarme Y la acompaño. No me sorprende vedo, creo que ya lo conocía, lo había visto muchas veces en los relatos de Lucía. El hombre está en la cama. No está moribundo ni a punto de morir. Una vez más, se ha salvado. Seguramente dentro de unos días estará en el mostrador del Jockey alardeando de que con la ceniza que lleva adentro no hay alcohol que pueda matarlo. Él hace su comedia. Pero esta vez está acompañada por un desconocido, porque me invita a pasar a la habitación y yo me pregunto qué estoy haciendo ahí, delante de ese hombre que quizá por primera vez en su vida necesita confesarle algo a su hija. Pero parece que no hubieran podido estar los dos solos, en el mismo cuarto. Necesitan del intruso, del extraño, de esa presencia que después va a desaparecer de sus vidas. El hombre le habla como si le hablase a una sombra antigua. Lo dice, ciertos rasgos de tu madre, aunque vos sí siempre tuviste los ojos verdaderamente moros.

-Yo ya pagué. Doce años. Y la perdí a ella. Y las perdí a ustedes. Ya los hijos de ustedes, mis hijas. Por eso, pague. Pague más de una vez. Eso era lo que quería decirte y que supieras. Que yo pague. Con la cárcel y con mis sueños. Porque ella siempre se me aparece. Y eso no se lo deseo a nadie. Y es tan así que nunca pude ir a visitarla al cementerio.

Y Lucía le responde como si se tratara de un pedido:

-Aunque quisiera no podría acompañarte. Te juro que quisiera acompañarte pero no podría. Pero pienso que algún día tal vez deberías intentar llegar hasta ahí.

-No creas que no lo intento. Todos los domingos cuando salgo del Jockey tomo un taxi para ir, pero llego sólo hasta la puerta. Entonces le pido al chofer que compre unas flores. Le indico el camino de la tumba y le hago el encargo. Cuando regresa; nos volvemos a marchar. Él no me pregunta, conoce la historia. ¿Quién, en este lugar, no conoce la historia?

Ya no me necesitan para empezar a decirse algunas cosas, siguen hablando y no se dan cuenta de mi ausencia. Ahora escucho un murmullo que mi propia imaginación supone más tenue, casi tierno. La espero en la puerta. Comenzamos a caminar en silencio. De pronto, ella me dice: "Habíamos quedado en ir hasta las salinas. Hoy deberíamos hacer ese viaje". Otra vez, no quiero negarme. Retornamos el mismo camino de hace muchos años.

Llegamos a ese abismo blanco que se abre ante nosotros. Me dice: "Cada vez hay menos caranchos, los están exterminando". La miro descalzarse, entrar en la arena. En la sal quemante. La veo caminar y estoy a punto de correr hacia ella como hace muchos años. Sin embargo, la espero. La veo volver, mirando sus huellas en la sal.

-Estuve equivocada -me dice-. Equivocada durante todos estos años. Sólo hoy, después de escuchar a mi padre, me di cuenta. Me di cuenta de la promesa. La promesa era al revés. Yo no venía aquí para escapar de él, porque tuviese miedo de que me matara. Venía para pedirle a Dios que me detuviera cada vez que tenía ganas de matarlo. Por eso me quedaba con los ojos en blanco, mirando fijamente todo ese blanco y todos esos caranchos. Yo evitaba mi presa. Venía a buscar su cadáver aquí. Yo le tenía a él una muerte prometida.

Camina de espaldas a la sal. Se sienta en el auto y empieza a limpiarse los pies con un pañuelo de seda. Me doy cuenta de que es hora de arrancar, que ya no queda nada por hacer en el camino de la sal.